

Capítulo I

*Alive again? Then show me where he is.
I'll give a thousand pounds to look upon him¹.*

William Shakespeare

[En el otoño de 1816, John Melmoth, estudiante del Trinity College de Dublín, abandonó sus estudios para atender a un tío moribundo, en quien había depositado gran parte de sus esperanzas de independizarse. John era huérfano de un hermano menor, cuya modesta herencia apenas alcanzaba para financiar su educación. Sin embargo, su tío, viejo, rico y soltero, se perfilaba como la clave de su futuro. Desde la infancia, John había desarrollado hacia él un sentimiento confuso, una mezcla de temor y ansiedad que nunca lograba conciliar, una extraña atracción teñida de repulsión. Así nos sentimos, tal vez, ante aquellas personas que —según nos inculcan niñeras, criadas y padres— parecen tener en sus manos los hilos de nuestra existencia, con el poder de alargarlos o cortarlos a su antojo.

Al recibir la noticia, John partió de inmediato para cuidar a su tío.

Aunque viajaba por los hermosos parajes del condado de Wicklow, la belleza del paisaje no lograba disipar la maraña de

1. Del inglés: «¿Vivo de nuevo? Entonces muéstrame dónde está. / Te daré mil libras por verlo». Versos de la obra *Enrique VI*, parte 2, acto III, escena 3, 13-14 (*Notas del editor, salvo aquellas indicadas como notas del autor*).

pensamientos dolorosos que le atormentaban: unos relacionados con el pasado, pero la mayoría anclados en el incierto futuro. El carácter caprichoso y áspero de su tío, las extrañas insinuaciones sobre el motivo de su reclusión durante tantos años, y su propia dependencia de este pariente, martilleaban incansablemente en su mente. John intentaba ahuyentar esos pensamientos: se enderezaba en el asiento del carruaje, ajustaba su postura, miraba el paisaje y consultaba el reloj, creyendo por un instante haberlos dejado atrás... Pero no había nada que pudiera sustituirlos y se vio obligado a invocarlos de nuevo, como quien llama a la única compañía posible. Cuando el espíritu se muestra tan dispuesto a invitar a los invasores, no es de extrañar que la conquista se complete rápidamente. A medida que el carruaje se acercaba a Lodge —así se llamaba la antigua mansión de los Melmoth—, John sentía cómo el peso en su pecho se hacía más insoportable.

El recuerdo de aquel temible tío de su infancia, cuya presencia era precedida por una larga lista de advertencias —no molestar, no acercarse demasiado, no importunar con preguntas, y no alterar, bajo ningún concepto, el sacrosanto orden de su caja de rapé, su campanilla y sus lentes—, se agolpa en su mente como un eco inquietante. La tentación de tocar su bastón de empuñadura dorada se erguía como un pecado mortal. Sortear el intrincado laberinto de su aposento, lleno de pilas de libros, globos terráqueos, periódicos amarillentos, soportes de pelucas, pipas y latas de tabaco, era una hazaña en sí misma, donde también acechaban las ratoneras y los volúmenes mohosos que yacían bajo las sillas. La ceremonia culminaba con una reverencia en la puerta, que debía cerrarse con extremo cuidado, y la orden de descender las escaleras como si calzara suaves pantuflas de fieltro.

De aquel torbellino de advertencias, surgía la imagen de sus años escolares, cuando, en Navidad y Pascua, el colegio enviaba al desaliñado jamelgo —objeto de burla entre sus compañeros— para recoger al renuente sobrino y llevarlo a Lodge. Allí, su única distracción consistía en permanecer frente a su tío, inmóvil y en

silencio, hasta que se asemejaban a Raimundo y el espectro de Beatriz en *El Monje*. Luego, observaba cómo su tío, con meticulosa cautela, extraía los huesos de un flaco carnero de un caldo insípido, sirviendo a su sobrino apenas una porción y advirtiéndole que no le diera «más de lo que quería». Después, se retiraba a su cama aún con la luz del día, incluso en invierno, para ahorrar dos centímetros de vela, permaneciendo despierto, agitado por el hambre, hasta que a las ocho en punto, el retiro de su tío indicaba a la ama de llaves que era hora de llevarle furtivamente unos trozos de su escasa cena, mientras susurraba, entre bocado y bocado, que no le dijera nada a su tío. Su mente también se deslizaba hacia la vida en el colegio, transcurrida en un lúgubre ático del segundo bloque, siempre bajo la sombra de una invitación al campo que nunca llegaba. Pasaba los veranos deambulando por calles desiertas, pues su tío se negaba a costear el viaje. Las únicas señales de su distante pariente llegaban puntualmente cada trimestre en forma de epístolas que acompañaban las escasas asignaciones y, junto a ellas, interminables quejas sobre los gastos de su educación, advertencias contra el despilfarro y lamentos por arrendatarios morosos y la depreciación de las tierras. Todos estos recuerdos lo asaltaban, añadiendo un peso a la imagen indeleble de aquella última escena en la que, con los labios de su padre moribundo, quedó grabada en su alma la dolorosa certeza de su dependencia hacia su tío.

«John, mi pobre muchacho, debo dejarte; Dios ha decidido llevarse a tu padre antes de que pudiera hacer por ti lo que habría hecho para que este momento fuera menos doloroso. Debes acudir a tu tío para todo. Tiene sus peculiaridades, y tendrás que aprender a sobrellevarlas, así como muchas otras cosas que descubrirás pronto. Hijo mío, ruego al que es el Padre de todos los huérfanos que mire tu desventurada situación y abogue por ti ante los ojos de tu tío».

Al evocar esta escena en su memoria se le llenaron los ojos de lágrimas, y se apresuró a enjugárselos en el momento en que el coche se detenía ante la verja de la casa de su tío para que él

se bajase. Se apeó del carruaje, llevando consigo una muda de ropa envuelta en un pañuelo, su único equipaje. Al acercarse a la verja, notó que la casa estaba en ruinas. Un niño descalzo salió apresuradamente de una choza cercana, haciendo girar sobre su único gozne lo que alguna vez fue una verja; ahora se reducía a unas tablas unidas de tal manera que crujían como si temblaran al paso de un vendaval. Con esfuerzo, John y su pequeño ayudante lograron mover el obstinado poste de la verja, que chirrió pesadamente al abrirse, dejando un surco profundo en el barro y las piedras. John buscó en vano en sus bolsillos alguna moneda para recompensar a su acompañante, que, al regresar, saltó fuera del camino, cayendo en el barro con el chapoteo y la alegría de un pato, sintiéndose orgulloso de «servir a un señor». Mientras avanzaba lentamente por el camino embarrado que alguna vez fue la entrada, la luz tenue del atardecer otoñal revelaba signos de creciente desolación desde su última visita, huellas de una penuria que había degenerado en una evidente miseria. No había cercas ni setos que delimitaran la propiedad; en su lugar, un muro de piedras sueltas, repleto de boquetes, se erguía como un recordatorio del abandono, mientras la aulaga y el espinoso crecían descontrolados. El césped, ahora terreno de pasto, apenas sostenía a unas pocas ovejas que picoteaban su escaso alimento entre las piedras, cardos y tierra dura, donde alguna que otra brizna de hierba aparecía esporádicamente.

La casa se recortaba con firmeza contra el cielo nocturno, despojada de pabellones o árboles que la ocultaran. John dirigió una mirada melancólica a la escalinata cubierta de hierbas y a las ventanas entabladas, y se acercó para llamar a la puerta, aunque no encontró aldaba. En cambio, recogió una piedra y golpeó la puerta con ella hasta que un mastín furioso comenzó a ladrar, amenazando con romper la cadena que lo sujetaba. Sus aullidos y gruñidos, acompañados de unos ojos relucientes y unos colmillos centelleantes, hicieron que John se echara atrás, emprendiendo el conocido camino que conducía a la cocina. Al acercarse, una luz brillaba débilmente en la ventana. Con mano

indecisa, alzó el picaporte, pero al ver la reunión en el interior, entró con la resolución de un hombre que ya no duda en ser bien recibido. Alrededor de un fuego de turba, cuya abundancia de combustible evidenciaba la indolencia del «amo» —quien probablemente habría preferido arrojarse al fuego antes que ver vacío el cubo de carbón—, estaban sentados la anciana ama de llaves y un par de acompañantes; es decir, aquellos que comían, bebían y holgazaneaban en cualquier cocina abierta a la vecindad, ya fuera por alguna desgracia o por una alegría, todo por el aprecio que sentían por su señoría y el respeto hacia su familia.

Entre ellos, una anciana que John reconoció de inmediato como la curandera del lugar: una sibila marchita que alargaba su existencia escuálida ejerciendo sus artes en el miedo, la ignorancia y el sufrimiento de seres tan miserables como ella. Con las gentes de buena posición, a las que a veces accedía por mediación de los criados, utilizaba remedios sencillos que, en ocasiones, producían resultados notables. Entre las clases más humildes, hablaba sin cesar sobre los efectos del «mal de ojo», jactándose de poseer un contrahechizo de eficacia infalible. Mientras hablaba, sacudía sus canosos cabellos con una ansiedad casi brujeril, logrando transmitir a su audiencia, mitad aterrada y mitad crédula, una parte de ese entusiasmo que, a pesar de ser plenamente consciente de su engaño, probablemente también sentía de algún modo. Cuando el caso se tornaba desesperado y la credulidad perdía la paciencia, instaba al desgraciado paciente a confesar que había algo «en su corazón». Al arrancar tal confesión del agotamiento del dolor y la ignorancia de la pobreza, asentía con la cabeza y murmuraba con misterio, como si insinuara a los presentes que había enfrentado dificultades invencibles por el poder humano. Cuando no había pretexto de indisposición para visitar la cocina de «su señoría» o la choza del campesino, y la obstinada convalecencia de la comarca amenazaba con llevarla a la inanición, aún le quedaba un recurso: si no había vidas que acortar, había fortunas que contar. Se valía de hechizos y de embrollos que superaban nuestras capacidades. Nadie tejía el hilo místico con tanto arte como ella, dejándolo caer

en el pozo de la calera, donde el tembloroso consultante del futuro dudaba si la respuesta a su pregunta «¿quién lo sostiene?» iba a ser pronunciada por la voz del demonio o por la de un amante. Nadie sabía localizar con tanta precisión como ella el punto en el que convergían los cuatro arroyos, donde, llegada la ominosa estación, debía sumergirse el camisón. Luego, lo tendía ante el fuego —en nombre de aquel a quien no osamos nombrar en presencia de «oídos educados»—, para que se transformara en el malogrado marido antes del amanecer. Nadie como ella, según afirmaba, sabía sostener el peine con una mano mientras con la otra se llevaba la manzana a la boca; en ese instante, la sombra del futuro marido cruzaría el espejo frente al que se llevaba a cabo el ritual.

Nadie era más hábil ni más diligente que ella a la hora de retirar cualquier objeto de hierro de la cocina, donde las crédu-las y aterradas víctimas que caían en sus engaños llevaban a cabo estas ceremonias. No fuera a ser que, en lugar de un joven apuesto exhibiendo un anillo en su dedo, apareciese una figura sin cabeza, se acercara a la chimenea, cogiera alguna brocheta larga o, en su defecto, un atizador, y utilizara el hierro para medir la longitud del ataúd del durmiente. En resumen, nadie sabía mejor que ella cómo aterrorizar a sus víctimas, haciéndolas creer en esa fuerza que puede doblegar —y ha doblegado— incluso las mentes más fuertes, reduciéndolas al nivel de las más débiles. Bajo su influencia, el cultivado escéptico Lord Lyttleton gritó y se retorció en sus últimos momentos, igual que aquella pobre joven, convencida de la horrible visita del vampiro, que gritaba que su abuelo le chupaba la sangre mientras dormía y falleció a causa de su horror imaginario. Ese era el ser a quien el viejo Melmoth había confiado su vida, en parte por credulidad, aunque fuera —como dirían los irlandeses— más por avaricia que por otra cosa.

John se adentró entre el grupo, reconociendo a algunos, desaprobando a muchos y desconfiando de todos. La vieja ama de llaves le recibió con cordialidad, refiriéndose a él como su «niño rubio» (aunque, en realidad, el joven tenía el cabello negro

como la pez). Intentó alzar su mano consumida hacia su cabeza en un gesto que pretendía ser una bendición y una caricia, hasta que la dificultad de su intento le hizo darse cuenta de que su cabeza estaba unos treinta centímetros más arriba de lo que ella recordaba. Los hombres, con la deferencia del irlandés hacia una persona de clase alta, se levantaron al verlo entrar; los taburetes chirriaron sobre las losas rotas. Le desearon «mil años de larga y dichosa vida»; y le preguntaron si su señoría no iba a tomar algo para aliviar el dolor del corazón, y al pronunciar estas palabras, cinco o seis manos huesudas y coloradas le ofrecieron sendos vasos de *whisky* al unísono. Mientras tanto, la sibila permanecía en silencio en un rincón de la espaciosa chimenea, exhalando densas bocanadas de humo de su pipa. John declinó amablemente los ofrecimientos, aceptó las atenciones de la anciana ama cordialmente, lanzó una mirada de soslayo a la vieja arrugada del rincón y luego dirigió su atención a la mesa, que exhibía un banquete muy distinto del que estaba acostumbrado a ver en tiempos de su señoría. Había un cuenco de patatas que el viejo Melmoth habría considerado suficiente para el consumo de una semana, y salmón en salazón, un lujo desconocido incluso en Londres, como se puede leer en los cuentos de la señorita Edgeworth, en *The Absentee*.

Había ternera exquisitamente tierna, acompañada de callos, y además, langosta y rodaballo frito en abundancia, suficiente como para justificar la afirmación del autor de esta historia, *suo periculo*, de que cuando su bisabuelo, el deán de Killala, contrató criados para su casa, ellos estipularon como condición que no se les exigiera comer rodaballo o langosta más de dos veces por semana. También había botellas de cerveza de Wicklow, sacadas furtivamente de la bodega de su señoría, que ahora hacían su primera aparición en la cocina, mostrando su impaciencia por volver a ser taponadas mientras siseaban, escupían y rebullían delante del fuego, que parecía avivar su animosidad. Sin embargo, el verdadero protagonista del festín era el *whisky* —genuinamente falsificado, con un fuerte aroma

a verbajos y humo, y desafiando a la aduana— que todos alababan, y los tragos eran tan largos como las loas que se le dedicaban. John, observando la reunión y pensando en la agonía de su tío, no pudo evitar recordar la escena de la muerte de don Quijote, en la que, a pesar de la tristeza que generaba la disolución del esforzado caballero, sabíamos que «con todo, comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza». Después de corresponder —como pudo— a la cortesía de la reunión, preguntó cómo se encontraba su tío.

—Todo lo mal que se puede estar —dijo uno de los presentes.

—Ahora se encuentra mucho mejor, gracias, su señoría —contestó la multitud en un rápido y discordante unísono, lo que llevó a John a mirar a cada uno de ellos, sin saber a quién o qué creer.

—Dicen que su señoría ha recibido un susto —susurró un individuo de más de casi dos metros de altura, alzando la voz treinta centímetros por encima de la cabeza de John.

—Sin embargo, su señoría ha estado un poco más tranquilo desde entonces —añadió un hombre que se bebía tranquilamente lo que John había rechazado.

Ante estas palabras, la sibila, que permanecía en un rincón, se quitó lentamente la pipa de la boca y se volvió hacia la concurrencia, provocando un terrorífico silencio, como si su presencia oracular exigiera la atención de todos.

—No está aquí —dijo, presionando su dedo arrugado contra su frente marchita—, ni aquí... ni aquí. —Luego extendió la mano hacia las frentes de quienes la rodeaban, todos inclinando la cabeza como si recibieran una bendición, aunque pronto volvieron a la bebida, como si intentaran prolongar su efecto—. Todo está aquí... en el corazón. —Mientras hablaba, separó y apretó los dedos sobre su cavernoso pecho con tal vehemencia que hizo estremecer a sus oyentes—. Todo está aquí... —añadió, repitiendo el gesto, probablemente alentada por la reacción que había provocado. Luego se hundió en su asiento, retomó su pipa y no dijo nada más.

En ese momento, mientras John sentía un temor involuntario y el resto de los presentes guardaba un aterrador silencio, un ruido insólito resonó en la casa. Todos dieron un respingo, como si alguien hubiera disparado un mosquete en mitad de la sala: era el inusual sonido de la campanilla de Melmoth. Sus criados eran tan pocos y estaban tan constantemente junto a él, que el timbre les sobresaltó como si se hubiera anunciado su propio entierro.

—Siempre la hacía sonar con la mano para llamarme —comentó la vieja ama de llaves, saliendo apresuradamente de la cocina—; decía que hacerlo con el tirador estropeaba el cordón.

El sonido de la campana causó un efecto inmediato. La ama entró preocupada en la habitación, seguida de varias mujeres, las plañideras irlandesas, todas listas para recetar al moribundo o llorar por el muerto, mientras se frotaban las manos callosas o se enjugaban los ojos secos. Estas brujas rodearon el lecho, y al presenciar su sonora, violenta y desesperada aflicción, y escuchar sus gritos de «¡Ay, se nos va, su señoría se nos va, su señoría se nos va!», uno podría haber imaginado que sus vidas estaban ligadas a él como las de las esposas de la historia de *Simbad el Marino*, a las que enterraban vivas junto a sus maridos. Cuatro de ellas se retorcían las manos y gemían alrededor de la cama, mientras otra, con la destreza de doña Prisas, palpaba los pies de su señoría, y subía «más y más arriba», notando que «todo estaba frío como una llave». El viejo Melmoth apartó los pies de la bruja, miró con agudeza (considerando el inminente velo de la muerte) el número de mujeres congregadas a su alrededor, se incorporó apoyándose en su afilado codo y, apartando a la ama de llaves, que intentaba acomodarle el gorro de dormir que se le había ladeado, bramó en un tono que hizo estremecer a todos:

—¿Qué diablo hacéis aquí? —La pregunta dispersó momentáneamente a la reunión; pero se reagruparon instantáneamente, murmurando en voz baja, y tras santiguarse varias veces, dijeron:

—El diablo... ¡Que el Señor nos asista! Lo primero que ha pronunciado ha sido el nombre del diablo.

—¡Sí! —rugió el inválido—. El diablo es lo que ven mis ojos.

—¿Dónde, dónde? —exclamó la aterrada ama de llaves, aferrándose al inválido y ocultándose bajo la manta que había arrancado sin compasión de las piernas descubiertas de su señor.

—Ahí, ahí —repetía él, forcejeando por recuperar la manta mientras señalaba al grupo de mujeres aterrorizadas, que, presas del horror, se sentían tratadas como los mismos demonios a los que habían venido a conjurar.

—¡Que el Señor le conserve el juicio a su señoría! —dijo la ama de llaves en un tono más conciliador, una vez que el miedo comenzó a disiparse—. Estoy segura de que su señoría las conoce a todas. Esta se llama... y esta... y esta...

Fue señalando a cada una de ellas, mencionando sus nombres, que omitimos para ahorrar al lector la tortura de ese recitado (por lenidad, solo incluiremos el último: Cotchleen O'Mulligan).

—¡Mientes, zorra! —gruñó Melmoth—. Su nombre es Legión, porque son muchas... ¡Sácalas de aquí y aléjalas de la puerta! Si aúllan por mi muerte, lo harán de verdad... pero no porque me vean muerto y condenado, con los ojos secos; lo hacen por el *whisky* que habrían robado si pudieran. —El viejo Melmoth sacó una llave que tenía bajo la almohada, agitándola en un inútil gesto de triunfo frente a la vieja ama, quien desde hace tiempo poseía un acceso a la bebida que su señor ignoraba—, y por la falta de provisiones con las que las engordas...

—¡Engordarlas, Jesús! —exclamó la ama, con incredulidad.

—Sí; además, ¿por qué hay tantas velas encendidas, todas de a cuatro por lo menos? Y lo mismo abajo, estoy seguro. ¡Ah!, eres... eres un demonio derrochador.

—La verdad, su señoría, es que todas son de a seis.

—¿De a seis...? ¿Y por qué diablos has encendido de a seis? ¿Es que crees que ya estáis velando al muerto? ¿Eh?

—¡Oh, todavía no, señoría, todavía no! —corearon las brujas—. Eso será cuando llegue la hora del Señor, señoría —añadieron, con una impaciencia apenas reprimida por que tal acontecimiento se produjera—. Su señoría debería pensar en poner en paz su alma.

—Esa es la primera frase razonable que has dicho —replicó el moribundo—. Tráeme mi devocionario; está debajo de ese viejo sacabotas... Sacúdele las telarañas; no lo he abierto desde hace años. —La vieja ama se lo tendió, mientras él le lanzaba una mirada de reproche—. ¿Quién te ha mandado encender velas de a seis en la cocina, acémila dilapidadora? ¿Cuántos años llevas viviendo en esta casa?

—No lo sé, señoría.

—¿Y alguna vez has visto un solo derroche o dispendio aquí?

—¡Oh, nunca, nunca, señoría!

—¿Y se ha derrochado alguna vez una sola vela en la cocina?

—Nunca, nunca, señoría.

—¿Y no has sido siempre todo lo ahorrativa que te han permitido la mano, la cabeza y el corazón?

—¡Oh, sí, desde luego, señoría! Cualquiera a nuestro alrededor lo sabe... Todo el mundo piensa con razón, señoría, que tenéis la casa y la mano más cerradas de la región. Su señoría ha dado siempre buena prueba de ello.

—Entonces, ¿cómo te atreves a forzar mi mano antes de que la muerte me la abra? —rugió el avaro moribundo, agitando su huesuda mano hacia ella—. Huelo a comida en la casa... y he oído voces... he oído girar la llave de la puerta una y otra vez. ¡Ah, si pudiera levantarme! —clamó, dejándose caer en el lecho con desesperación—. ¡Si tan solo pudiera levantarme para ver el despilfarro y la ruina que se están cometiendo! Esto me va a matar —continuó, hundiéndose en su raído cabezal, pues nunca se permitió el lujo de una almohada decente—, me matará... solo de pensarlo ya me estoy muriendo.

Las mujeres, decepcionadas y frustradas, intercambiaron miradas y susurros antes de salir apresuradamente de la habitación. Sin embargo, los gritos vehementes del viejo Melmoth las detuvieron.

—¿Adónde vais? ¿A la cocina a llenaros la panza y a empinar el codo? ¿Ninguna quiere quedarse a escuchar una oración por mí? Algún día os hará falta también, brujas.

Aterradas por la reprimenda y la amenaza, las mujeres regresaron en silencio, colocándose alrededor de la cama. El ama de llaves, a pesar de ser católica, preguntó si su señoría deseaba que trajeran un pastor para administrarle los últimos ritos de su iglesia. Los ojos del moribundo se encendieron de furia ante la sugerencia.

—¿Para qué? ¿Para que se ponga una bufanda y una cinta de sombrero en mi funeral? Vamos, léeme las oraciones tú misma, vieja... Algo bueno me harán.

El ama intentó cumplir con la petición, pero pronto se rindió, alegando con razón que tenía los ojos demasiado llorosos desde que su señoría había enfermado.

—Eso es porque siempre vas borracha —gruñó el moribundo con un gesto de malevolencia que la cercanía de la muerte transformó en una mueca grotesca—. ¡Eh!, ¿no hay ninguna entre vosotras, con vuestros lamentos y rechinidos, que pueda coger el devocionario y leer por mí?

Reprendidas de tal manera, una de las mujeres se ofreció a ayudar. De ella se podría decir, con justicia, lo mismo que del hombre más torpe de la guardia de los tiempos de Dogberry, que «sabía leer y escribir por instinto». Nunca había asistido a la escuela, ni había tenido en sus manos un devocionario protestante, pero, sin inmutarse, comenzó a leer con más fervor que sensatez, eligiendo casi todo el servicio de bendición por el nacimiento para las madres. Como este se encontraba después del de los entierros en el devocionario, tal vez pensó que era apropiado para la situación del moribundo.

Leía con tal solemnidad que uno podría haber lamentado las interrupciones, si no fuera por lo grotescas que resultaron. La primera vino del propio viejo Melmoth, quien, poco después de iniciarse los rezos, se volvió hacia la ama de llaves y, en un tono alarmantemente audible, le ordenó: «Baja a la cocina y cierra el tiro de la chimenea para que no se consuma de más, y asegúrate de cerrar la puerta con llave. Quiero oírla cerrarse. No podré pensar en nada más hasta que lo hagas». La segunda interrupción vino

del joven John Melmoth, que había entrado sigilosamente en la habitación al oír las inadecuadas palabras de la mujer. Con delicadeza le quitó el devocionario de las manos y, arrodillándose junto a ella, comenzó a leer, con voz contenida, las solemnes oraciones designadas por la Iglesia anglicana para acompañar a quienes se encuentran al borde de la muerte.

—Esa es la voz de John —murmuró el moribundo. El escaso afecto que alguna vez había sentido por el desafortunado muchacho parecía, en ese instante, tocar su endurecido corazón. Estaba rodeado de sirvientes mezquinos y codiciosos, y aunque siempre había considerado a John más como un extraño que como un familiar, en ese momento comprendió que, al final, el joven ya no le era ajeno. Se aferró a él como un náufrago se aferra a una tabla en medio de la tormenta—. John, mi pobre muchacho, estás aquí. Te mantuve lejos de mí durante toda mi vida, y ahora, en mis últimos momentos, eres quien está más cerca... Sigue leyendo, John.

Profundamente conmovido por la fragilidad de aquel hombre, que con toda su riqueza se encontraba despojado de todo en su lecho de muerte, John obedeció y continuó leyendo.

Sin embargo, su voz pronto comenzó a entrecortarse, no tanto por la solemnidad de las palabras, sino por el creciente horror que sentía al escuchar el hipo agónico de su tío. A pesar de su estado, el anciano todavía se volvía con esfuerzo para preguntar a la ama si había cerrado el tiro de la chimenea. John, siendo un joven de temperamento sensible, comenzó a sentirse inquieto, incapaz de soportar la mezcla de lo trágico y lo absurdo que envolvía aquellos últimos momentos.

—¿¡Cómo?! ¿Me abandonas como los demás? —dijo el viejo Melmoth, tratando de incorporarse en la cama.

—No, señor —dijo John, observando el alterado semblante del moribundo—, es que me parece que necesitáis algún refrigerio, algún remedio, señor.

—Sí, lo necesito, pero ¿en quién puedo confiar para que me lo traiga? —Sus ojos apagados vagaron con desconfianza por el grupo—. Estas mujeres me envenenarían.

—Confiad en mí, señor —dijo John—; iré a casa del boticario o a donde soláis acudir.

El anciano le tomó la mano y lo atrajo hacia la cama. Miró a los presentes con una mezcla de amenaza y recelo antes de susurrar con desesperada ansiedad:

—Quiero un vaso de vino, eso me mantendrá vivo unas horas más. Pero no hay nadie en quien pueda confiar para que me lo traiga... me robarían las botellas y me arruinarían.

John se quedó perplejo.

—Señor, por el amor de Dios, permitidme a mí traerlos el vino.

—¿Sabes dónde está? —preguntó el viejo.

—No, señor, sabéis bien que siempre he sido un extraño en esta casa.

—Toma esta llave —dijo Melmoth, tras un espasmo violento—, el vino está en ese cuarto: Madeira. Siempre les dije que no había nada ahí, pero no me creyeron. De lo contrario, me habrían robado aún más. Una vez dije que era *whisky*, pero fue peor... empezaron a beber el doble.

John recogió la llave de las manos de su tío, quien le apretó la mano. Creyendo sentir por fin un gesto de afecto, John devolvió el apretón. Pero su decepción fue inmediata al oírle susurrar:

—John, muchacho, no bebas mientras estés ahí dentro.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó John, lanzando la llave sobre la cama con indignación. Sin embargo, al recordar que el anciano miserable frente a él ya no podía despertar ningún resentimiento, le prometió cumplir su deseo y entró en la habitación que no había pisado nadie, salvo Melmoth, en casi sesenta años.

Tuvo dificultades para encontrar el vino y tardó lo suficiente como para despertar las sospechas de su tío. Su espíritu se sentía agitado y su mano, insegura. No pudo evitar notar la peculiar expresión en el rostro de su tío, donde la palidez de la muerte se mezclaba con el temor de haberle concedido permiso para entrar en aquel cuarto. Tampoco pasó por alto las miradas de horror que intercambiaron las mujeres a medida que él se acercaba. Y finalmente, ya dentro del cuarto, su memoria, con malicia, le

trajo a la mente vagas pinceladas de una historia relacionada con ese lugar demasiado espantosa para imaginar. En un instante recordó con claridad que, durante muchos años, nadie salvo su tío había entrado allí.

Antes de salir, alzó la tenue luz y miró a su alrededor con una mezcla de terror y curiosidad. Había infinidad de trastos viejos e inútiles, tal como suele acumular un avaro en su despacho, pero los ojos de John se sintieron irresistiblemente atraídos hacia un retrato que colgaba de la pared. Incluso a su mirada inexperta, le pareció que era muy superior en calidad a la multitud de retratos de familia que acumulaban polvo eternamente en las paredes de la mansión. El retrato representaba a un hombre de mediana edad. No había nada notable en su vestimenta o en su semblante, pero sus ojos, pensó John, poseían esa mirada que uno desearía no haber visto jamás y que sabía que no podría olvidar. Si hubiera conocido la poesía de Southey, habría podido recitar a menudo, a lo largo de su vida: «Solo los ojos tenían vida, brillaban con luz demoníaca».

Impulsado por una mezcla irresistible y dolorosa, se acercó al retrato, levantó la vela y distinguió las palabras en el borde del cuadro:

JOHN MELMOTH

ANNO 1646

John no era ni de naturaleza tímida ni de constitución nerviosa, y tampoco tenía hábitos supersticiosos, sin embargo, continuó mirando el singular retrato con un estúpido horror hasta que la tos de su tío lo sacó de su trance y lo hizo volver con celeridad al aposento. El viejo se bebió el vino de un solo sorbo y pareció revivir un poco; hacía tiempo que no probaba un Cordial así y su corazón recuperó momentáneamente la confianza.

—John, ¿qué has visto en ese cuarto?

—Nada, señor.

—Eso es mentira; todo el mundo quiere engañarme o robarme.

—Señor, no pretendo hacer ninguna de esas dos cosas.

—Bueno, ¿qué has visto que... que te haya impresionado?

—Solo un retrato, señor.

—¡Un retrato, señor...! ¡El original está vivo todavía!

A pesar de estar aún bajo el impacto de sus recientes impresiones, John no pudo evitar mirarle con incredulidad.

—John —susurró su tío—, dicen que me estoy muriendo de esto y de aquello; unos afirman que por falta de alimento, y otros que por falta de medicinas... pero, querido muchacho —su rostro se tornó espantosamente lívido—, lo que realmente me está matando es el miedo. Ese hombre —extendió su brazo flaco hacia el cuarto secreto, como si señalara a un ser vivo—, ese hombre, y te aseguro que tengo buenas razones para saberlo, sigue vivo.

—¿Cómo es posible, señor? —dijo John involuntariamente—. La fecha del cuadro es de 1646.

—Te has fijado... Eres un chico atento —dijo su tío—. Bueno... —Se incorporó en su almohada y asintió con la cabeza durante un momento, y luego, agarrando la mano de John con una mirada inefable, exclamó—: lo volverás a ver, porque está vivo.

Después, se hundió nuevamente en su almohada y cayó en una especie de sueño o estupor, con los ojos aún abiertos y fijos en John.

La casa estaba sumida en un silencio absoluto, lo que dio a John el espacio necesario para reflexionar. Un torrente de pensamientos, más de los que hubiera querido, invadió su mente, y se sentía incapaz de deshacerse de ellos. Recordaba los hábitos y el carácter de su tío, repasándolos una y otra vez. «Es el último hombre en el mundo que caería en la superstición. Siempre ha estado obsesionado con la bolsa de valores y los gastos de mi educación, que es lo único que realmente le preocupaba. ¿Y ahora resulta que este hombre se muere de terror? ¿De un miedo ridículo a que alguien de hace ciento cincuenta años siga vivo? Y sin embargo..., se está muriendo», pensó John. Se detuvo por un momento; los hechos desafiaban incluso al más racional de los hombres.

«Con todo su cinismo y dureza de corazón, está muriendo de miedo. Lo he oído en la cocina y lo he oído de él mismo... no hay duda. Si me hubieran dicho que era nervioso, o imaginativo, o supersticioso... pero ¿una persona tan insensible a esas cosas? Un hombre que, como dice el pobre Butler en sus *Restos del Antiguo*, habría vendido a Cristo otra vez por las treinta piezas de plata que le dieron a Judas... ¡que un hombre así se muera de miedo! Y lo cierto es que se está muriendo», se decía John, mientras sus ojos llenos de temor se posaban en el rostro contraído de su tío: los ojos vidriosos, la mandíbula caída, y todo el horrible cuadro de la facies hipocrática que mostraba, y que pronto dejaría de mostrar.

El añoso Melmoth yacía en un profundo estupor. Sus ojos habían perdido la escasa expresión que antes revelaban y sus manos, que momentos atrás se aferraban convulsivamente a las mantas, ahora yacían inertes, extendidas a lo largo de la cama como las garras de un ave muerta de hambre: flacas, amarillas y laxas. John, inexperto en los signos de la muerte, creyó que aquel era simplemente el preludio de un sueño profundo. Impulsado por una inquietud que no se atrevía a reconocer, cogió la débil luz y, con paso tembloroso, volvió a entrar en el cuarto prohibido: la enigmática habitación azul. Apenas lo hizo, el moribundo, como impulsado por un resorte invisible, se incorporó en la cama. John no pudo verlo, porque ya había cruzado el umbral, pero escuchó un gemido, o más bien un ronquido ahogado y gorgoteante, el espantoso sonido del conflicto entre la mente que se desvanece y el cuerpo en convulsión. Sobresaltado, se giró en redondo; y al hacerlo, creyó, con horror, que los ojos del retrato, aquellos en los que había posado su mirada momentos antes, se movían. Sin pensarlo dos veces, corrió de vuelta a la cabecera de su agonizante tío, como si de algún modo ahí pudiera encontrar seguridad frente a lo inexplicable.

El viejo Melmoth murió esa misma noche, y lo hizo como había vivido: en un delirio febril de avaricia. John jamás habría imaginado una escena más horrenda que la de esas últimas horas.

El anciano maldecía y blasfemaba por tres insignificantes peniques que, según él, faltaban en un ajuste de cuentas reciente con su mozo, relacionado con la compra de heno para su esquelético caballo. En un momento, tomó la mano de John y, con una súplica desesperada, le pidió que le administrara el sacramento.

—Si ordeno traer al pastor, tendré que pagarle... y no puedo. Dicen que soy rico, pero mira esta manta. No me importaría si pudiera salvar mi alma —Y con delirante incoherencia, añadió—: Doctor, la verdad es que soy muy pobre. Nunca he molestado a un pastor, solo os pido dos pequeños favores: salvad mi alma y... —susurrando— seguidme un ataúd de la parroquia. No tengo dinero para mi propio entierro. Siempre he dicho que soy pobre, pero cuanto más lo digo, menos me creen.

John, aún profundamente impactado, se apartó de la cama y se sentó en un rincón alejado de la habitación. Las mujeres volvían a estar allí, en una sala oscura. Melmoth permanecía callado, agotado, y por un momento todo quedó en un ominoso y pesado silencio. Fue entonces cuando John vio abrirse la puerta y una figura apareció en el umbral. La figura observó la habitación brevemente antes de retirarse con calma, pero no antes de que John pudiera reconocer en su rostro el vivo reflejo del retrato. Su primer impulso fue gritar de terror, pero de inmediato sintió que se le cortaba la respiración. Se levantó para seguir a la figura, pero una breve reflexión lo hizo detenerse. ¿Qué sentido tenía asustarse por el parecido entre un hombre vivo y el retrato de uno muerto? La semejanza era tan clara que, incluso en la penumbra, lo había impactado. Sin embargo, estaba seguro de que no era más que un simple parecido, y aunque podría ser suficiente para aterrorizar a un hombre viejo, sombrío, solitario y con la salud quebrantada, John decidió que no dejaría que eso le afectara de la misma manera.

Mientras John se sentía satisfecho con su resolución, la puerta se abrió y la figura apareció en el umbral, haciendo señas y asintiendo con la cabeza con una familiaridad inquietante. John se levantó decidido a seguirla, pero su impulso se detuvo cuando

oyó los débiles y agudos gritos de su tío, que luchaba entre las agonías de la muerte y las insistencias de su ama de llaves. La pobre mujer, preocupada por la reputación de su amo y por la suya propia, trataba de ponerle una camisa limpia y un gorro de dormir. Melmoth, lo suficientemente consciente como para percatarse de que le estaban quitando algo, seguía lamentándose:

—¡Me están robando, me están robando en mis últimos momentos! ¡Están robando a un moribundo! John, ¿es que no vas a hacer nada? Voy a morir como un mendigo, me están quitando mi última camisa. ¡Voy a morir como un mendigo!

Y así, el avaro murió.